

# LA SEMANA SANTA en el pueblo, allá por el año 31

Por entonces yo tenía siete u ocho añetes y mucha curiosidad por todo.

Mi abuela, beata donde las hubiera, nos decía a mis hermanos y a mis amigos al traernos de que nos pusiera el señor cura un pellizquejo de ceniza en la frente:

"Hermosos, empieza la cuaresma, hay que estar muy callados y sin cantar". Nosotros ni caso. Después no pasaba nada, pero al entrar la Semana Santa, mi abuela irresistible.

Llegaba el Jueves Santo y entonces si que ocurrían cosas, muchísimas cosas, la gente no iba al campo y estaba mas seria que el hermano Caraquito. Los pares de mulas se quedaban en el pueblo, pero antes del amanecer el cuco de Ambrosio, eso decían, le ponía a los badajos de los cercos de sus dos borricos un cachejo de manta, los ataba con un bramante y se eslapizaba calle abajo creyendo que nadie le veía. Yo pensaba: ¿porqué no les quitaba los cercos que era más fácil?. Las ovejas las traían también al pueblo ese día y las encerraban en los corrales, mi amigo y yo íbamos a ver si les echaban de comer o les hacían también ayunar. A las gallinas también las arrecogían en el gallinero.

Todos los años al salir el sol, si es que salía, el tío Camarmas podaba las parras que tenía el médico en el patio de su casa. La mujer del médico decía que no, pero yo lo vide con mis ojos más de una vez.

Todo el personal ayunaba toda esa semana, las campanas no tocaban, había procesiones pero como en ellas no tiraban cobetes, mis amigos y yo -cuando mi abuela que nos vigilaba doblaba la esquina de Margarito-, salíamos como tábano con raspa.

Mi dichosa abuela nos hacía ayunar y no nos dejaba comernos ningún pajarete asado si éste se descuidaba, pero mi madre por bajo nos daba un cantero de pan y una sardina salá, las que los señoritos llamaban arenques.

El señor cura les lavaba los pies a doce pobres, después el sacristán Seguidillas les daba a cada pobre, en el mismo vaso, agua de naranja o de limón, y el señor cura, con ceremonia, un duro de plata o a lo mejor era una peseta, o una monedilla también de plata que le llamaban "realete", ya no me acuerdo bien. A los ricos no les lavaba los pies, les daba vergüenza descalzarse.

El Viernes Santo en la Iglesia tapaban todos los santos, apagaban las luces y cerraban las ventanas, Seguidillas cantaba las tinieblas y al acabar, todos todos, sonábamos con todas nuestras fuerzas las carracas, era el terremoto al morir el Señor. Mi amigo y yo mirábamos por una rendija que daba un poco luz a ver si aparecían los morciguillos. Aunque decía la gente que como las golondrinas ayunaban durante toda la Pasión del Señor, se morían muchas traspellás, nunca vi ninguna muerta.

El sábado de Gloria al mediodía el señor cura miraba a Pablantonio, le hacía una seña y el muchacho iba al campanario y tocaba todas las campanas al tiempo. Y salía la procesión del Resucitado, (que era una imagen del Niño Jesús, no de Jesús hombre), la

de la Virgen de las Angustias, cada una por su lado y se juntaban en la puerta de la Segundita. Y se tiraban muchos cobetes, muchos. Y por último al encerrar la procesión, ya grande del todo, el señor cura iba a la pila del agua bendita, echaban dos cántaros de agua en ella y la bendecía. Todas las mujeres iban a sus casas, se traía cada una jarrilla, las mediaban de chinan y la completaban de agua bendita. Esta jarra se guardaba en la casa para cuando se presentaba una tormenta se le tiraba estas pitas a las nubes para que se fueran a otra parte y no dejaran caer el granizo, yo las tiraba con el gomerero que llegaban más.

El Sábado de Gloria ya soltaban todo el "averio" (animalejos).

MANOLO GONZÁLEZ

